

“El hombre es capaz de Dios”

Con este artículo, Adolfo Ariza Ariza, delegado de Catequesis, inicia una serie cuyo cometido será ofrecer un sencillo comentario de los diferentes pasajes del *Catecismo*. Como no podía ser de otra manera el inicio se encuentra en la primera parte del *Catecismo* que lleva por título *La profesión de fe*; en concreto, en la primera sección titulada *Creo- Creemos. La fe respuesta del hombre a la revelación de Dios*.

En estos primeros compases las palabras de san Agustín guiarán la tarea: “*Que tu símbolo sea para tí como un espejo. Mírate en él: para ver si crees todo lo que declaras creer. Y regocíjate todos los días en tu fe*” (San Agustín, serm. 58, 11, 13: PL 38, 399) CCE 1064.

A modo de introducción, cobran aquí especial relieve las siguientes palabras de P. Duroux: “*Tal vez resulte útil empezar por aclarar que la palabra ‘fe’ puede designar bien cierto acto o disposición de la mente, bien el objeto al que se refiere dicho acto o disposición. Se da un doble sentido análogo en la palabra ‘ciencia’ que puede significar tanto un conocimiento cierto como el objeto o el ámbito sobre el que ésta versa. Sin embargo, ambos significados siempre van estrechamente relacionados y es el contexto el que determina si se aproxima más a uno o a otro. En la expresiones del contenido de las cuatro partes [del Catecismo], la palabra ‘fe’ se entiende más bien en el sentido objetivo de lo que cree, de lo que Dios ha revelado y se ha recibido en la Iglesia. Pero ya que esto lleva implícito el sentido subjetivo del acto creyente, al principio de la primera parte del Catecismo se declara: ‘Cuando profesamos nuestra fe, comenzamos diciendo: Creo-Creemos’. Por lo tanto, antes de exponer la fe de la Iglesia tal como es confesada en el Credo, celebrada en la liturgia, vivida en la práctica de los Mandamientos y en la oración nos preguntamos qué significa creer. Así en la primera parte del Catecismo, en una primera ‘sección’ se expone lo que es la fe como respuesta del hombre a la Revelación misma de Dios. Se trata, pues, de considerar ante todo el encuentro de Dios con el hombre, consideración fundamental previa a la de todas las riquezas contenidas en esta manifestación divina*”.

El primero de los capítulos de esta primera sección lleva por título *El hombre es capaz de Dios*. Sin esta capacidad natural de conocer a Dios el hombre no podría acoger la revelación de Dios (cf. CCE 36). En permanente búsqueda, el hombre puede descubrir argumentos convergentes para acceder a un conocimiento de Dios como causa primera y fin de todo.

EL CATECISMO PARTE DE “EL CORAZÓN INQUIETO”

Después de largas deliberaciones, la comisión llegó a la resolución de que el *Catecismo* no comenzara con un análisis de la situación del tiempo actual, pues las circunstancias culturales y sociales son demasiado variadas. El punto de partida debería más bien algo común a todos los hombres: la capacidad de Dios que tiene el hombre, su dimensión religiosa. El *Catecismo* toma como punto de partida el “corazón inquieto” de san Agustín, corazón que ha sido creado para Dios. De esta forma, y desde un principio se ha tendido un puente a la parte moral, que comienza con la tendencia del hombre a la felicidad. (cf. *El deseo de felicidad* CCE 1718-1719).

En conexión con las “vías del conocimiento Dios” se habla también del conocimiento natural de Dios. Esta doctrina es tan importante, porque “la convicción de que la razón humana puede conocer a Dios” es el presupuesto del diálogo de la Iglesia con todos los hombres (cf. CCE 39). El tema de la relación del cristianismo y las religiones mundiales fue trasladado conscientemente a la eclesiología, en correspondencia con la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II (cf. *La Iglesia y los no cristianos*. CCE 839-848

Pie de foto: San Agustín de Hipona (354-430) es uno de los Padres de la Iglesia católica. Sus citas aparecen continuamente en el Catecismo.